UN MIRADOR A LA HISTORIA DE ESPAÑA: LA EVOLUCIÓN FOTOGRÁFICA DE LA PANORÁMICA DE TOLEDO DESDE EL VALLE

EDUARDO SÁNCHEZ BUTRAGUEÑO
Numerario

Señor director, señoras y señores académicos:

Fue en julio de 1880 cuando el gran recopilador Eugenio de Olavarría y Huarte publicó en las páginas del diario *La América* la hoy famosa leyenda de la Piedra del Rey Moro, que narra la triste historia de amor entre el príncipe musulmán Abul Walid y su amada Sobeyha, según la cual el joven se habría convertido en piedra para poder observar eternamente la ciudad donde ella había muerto.

Aquella historia, ambientada en Toledo en 1085, fue tal vez una de las más eficaces maneras de popularizar a través de la literatura esa mágica conexión que en Toledo encontramos entre la historia y la geología (no hay que olvidar que la gran fuerza de esta leyenda radica en la roca con forma de cabeza con turbante que domina el paraje), afianzando en el imaginario colectivo desde entonces la figura del Rey Moro contemplando Toledo desde esa privilegiada atalaya natural.

Por otra parte, abundan las citas en las que numerosos historiadores e hispanistas coinciden en señalar que Toledo es en sí misma el mejor resumen de la historia de España, no solo por haber protagonizado buena parte de lo sucedido en

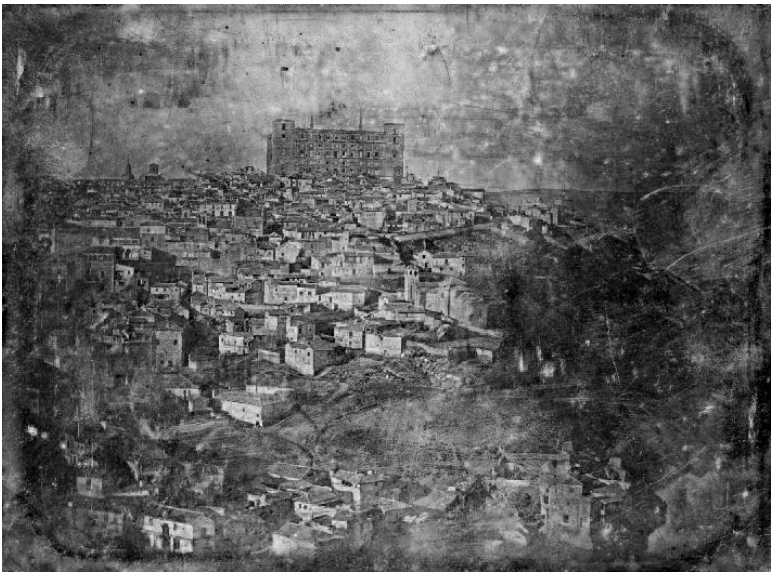
nuestro país, sino por haber conservado, como el tronco de un árbol en sus anillos de crecimiento, muchos de los registros que dan fe de los principales acontecimientos españoles.

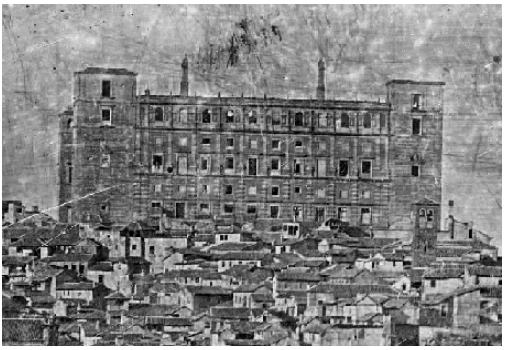
Pues bien, en este discurso intentaré, a través de la fotografía histórica, demostrar cuánto de cierto hay en la afirmación de que Toledo resume la historia de España. Y lo haré, evocando la leyenda del Rey Moro, utilizando únicamente fotografías obtenidas desde el Valle, es decir, empleando solo visiones que Abul Walid hubiera podido contemplar desde su roca o sus inmediaciones.

EL COMIENZO DE LA FOTOGRAFÍA EN TOLEDO: LAS PRIMERAS VISIONES REALES DE LA CIUDAD.

El 'Daguerrotipo de Toledo' (ha. 1850). La era fotográfica comienza en Toledo a mediados del siglo XIX, siendo una de las primeras ciudades de España en ser fotografiada. Este hecho, el ser pionera en ser inmortalizada usando ese invento llamado fotografía que cambió la historia de la humanidad, es en sí mismo el primer hito en esta sucesión de pruebas -que cronológicamente iré enumerando- de la plasmación en la panorámica desde el Valle de los principales acontecimientos y cambios de toda índole (sociales, políticos, culturales...) que han sucedido en Toledo y España desde entonces.

Esta primera visión desde los dominios de Abul Walid fue recientemente descubierta, constituyendo el denominado 'Daguerrotipo de Toledo': una verdadera joya de la historia de la fotografía en España por su antigüedad, probablemente anterior a 1850. Nos muestra la primera visión real conocida de la ciudad, con las heridas aún patentes de la no demasiado lejana Guerra de la Independencia contra los franceses. Así, el Alcázar aparece desmochado tras el incendio de enero de 1810. Toledo, como toda España, está entonces sumida





«Daguerrotipo de Toledo» y detalle ampliado del Alcázar, desmochado tras la Guerra de la Independencia. Imagen probablemente anterior al año 1850. Colección Valderrey-Molina.

en una profunda y larga crisis que quedó descrita en multitud de testimonios de los primeros viajeros que veían en aquella decadencia uno de sus mayores atractivos. La muy reciente desamortización de Mendizábal (1836-1837) ya permitía ver en el paisaje toledano algunos edificios en estado de desmantelamiento o abandono.

La panorámica de Alphonse de Launay (1854). Esta puede considerarse a día de hoy como la primera imagen desde el Valle bien conservada, y coincide con el comienzo del Bienio Progresista, que tuvo lugar con la llamada *Vicalvarada* de junio de ese año. La imagen de De Launay, tomada durante el verano, es por tanto el retrato de un momento real de Toledo en aquellos días y, aunque no sea palpable en la imagen ningún detalle concreto que se pueda relacionar con lo sucedido en esas convulsas jornadas, constituye una referencia gráfica de gran valor por la importancia del momento histórico. La imagen, por otro lado, nos muestra con una contundencia casi deprimente un paisaje de aridez extrema, casi lunar, en el que cuesta localizar el único árbol (que me ha servido para datar la fotografía en los meses de verano).

Toledo en el año 1854, fotografiado por Alphonse De Launay.
Colección de Serge Kakou.

Las dos fotografías superiores, realizadas en 1857 por el francés Charles Sourier, manifiestan evidencias de los arrastres de troncos desde el Tajo hasta la Cornisa.

Las últimas maderadas antes de la llegada del ferrocarril (1857). El transporte por ferrocarril supuso para España uno de los principales saltos en lo referente al progreso de las infraestructuras en el siglo XIX. Las primeras ciudades peninsulares en estar comunicadas por tren fueron Barcelona y Mataró, mientras que Toledo se incorporó también en fecha muy cercana, en 1858. La llegada del tren a Toledo trajo consigo el germen del turismo (no hay que olvidar que el trayecto en carro entre Toledo y Madrid duraba la friolera de seis horas). También supuso un acercamiento de la ciudad a la capital, y por ende al resto del mundo, muy notable, que vino a paliar en cierto modo el aislamiento y la decadencia que su-

fría la ciudad, especialmente desde el traslado de la corte. La llegada del tren conllevó asimismo la posibilidad de trasladar hasta la ciudad materiales de construcción de un modo mucho más rápido, cómodo y moderno. Cobran por ello especial valor las imágenes editadas por Charles Soulier (cuya autoría se disputan autores como Clifford o Laurent) que fueron tomadas en 1857, muy poco antes de la llegada del tren. En ellas pude descubrir la evidencia de la vigencia aún en ese año de las maderadas que conseguían hacer llegar los grandes troncos (cortados en el alto Tajo, en las provincias de Guadalajara y Cuenca) hasta Toledo, siguiendo el curso del río gracias a la pericia de los gancheros. Topónimos como el Arroyo del Aserradero, donde se cortaban los troncos ya en la ciudad, han llegado a nuestros días procedentes de esta técnica de transporte tan ingeniosa que tocó a su fin con la llegada del ferrocarril. En las imágenes a las que me refiero tomadas desde el Valle se observan las huellas de los grandes troncos arrastrados en sentido ascendente por la ladera, desde la Incurnia hasta las Carreras de San Sebastián, tras ser elevados hasta la cota de la actual Ronda Cornisa mediante cuerdas. Incluso pueden verse los grandes troncos apoyados en una de las fachadas de la citada vía, apilados en grupo y prestos a ser trasladados a la obra en que tuviesen su destino final.

Pensemos, cuando veamos la próxima vez alguno de los grandes artesonados de nuestra ciudad, con sus largas vigas que cruzan las naves de sinagogas e iglesias toledanas, en la enorme cantidad de madera que aún podemos admirar en Toledo y que a buen seguro llegó hasta aquí por ese cordón umbilical llamado río Tajo, que unía la ciudad con los grandes bosques suministradores de madera de las serranías.

Pero el ferrocarril no solo hacía que las materias primas llegasen más fácilmente, sino que también favorecía la salida de la ciudad de valiosos materiales de construcción. Co-

mo buen ejemplo de la proliferación de anuncios de ventas de elementos del patrimonio toledano en diarios de Madrid tenemos uno de 1859 en el que se anuncia la venta de las piezas de forja y sobre todo de las maderas del recién derribado convento de Agustinos Recoletos, que para mayor abundamiento eran promocionadas como originarias de la serranía de Cuenca. El derribo de este convento coincidió precisamente con la llegada del ferrocarril en 1858, pero por suerte al menos pudo ser fotografiado por Charles Clifford en su célebre panorámica de un año antes.

Chapitel de los Agustinos en la panorámica de Clifford de 1857.

Vista general de Toledo en 1858, por Louis Masson. Colección de Carlos Sánchez.

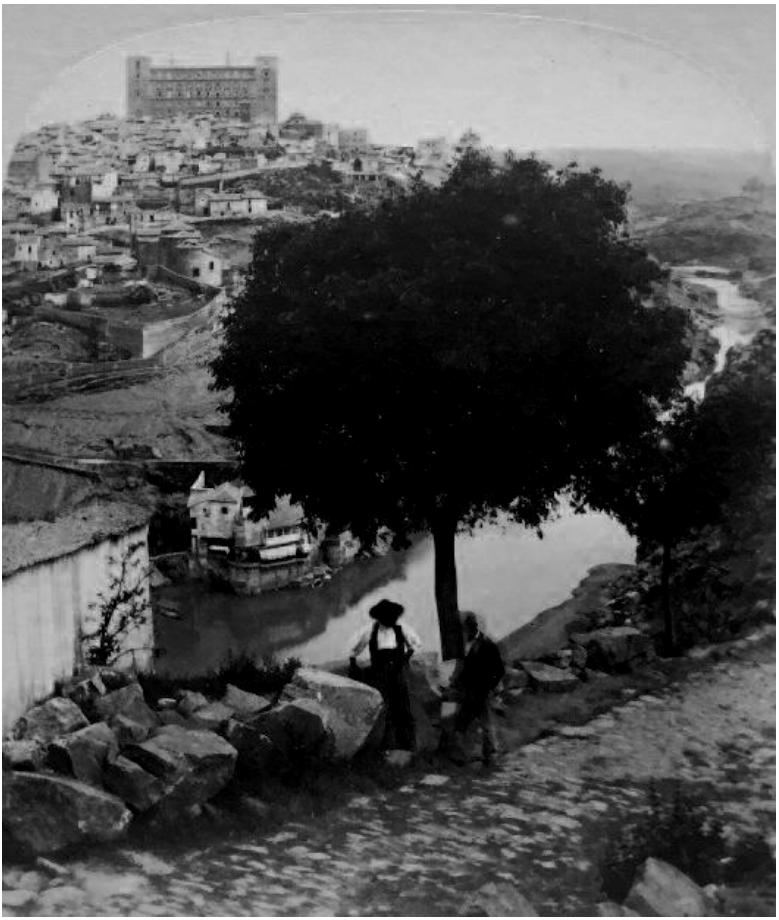
1858: primera panorámica general de la ciudad tras la llegada del ferrocarril. La portentosa panorámica completa de la ciudad obtenida en 1858 por el francés afincado en Sevilla Louis Léon Masson, quien a buen seguro ya llegó a Toledo en tren, muestra la ciudad en el año de este importante cambio en sus comunicaciones y, casualidad o no, ya no son visibles en ella las huellas del ascenso de los troncos por la

ladera de los baños de las Tenerías. Tampoco se observan en la panorámica tomada por Jean Laurent en fecha cercana.

Vista general de Toledo hacia 1860, por J. Laurent. Archivo Municipal de Toledo.

UN TESTIGO QUE AÚN VIVE: LA PRIMERA FOTO CONOCIDA DEL ALMEZ DEL VALLE EN 1863.

El francés Ernest Lamy fotografió en 1863 a alguien que sigue vivo. Me refiero al gran almez de la ermita del Valle, que aún hoy crece con notable salud más de 150 años después, demostrando por qué esta especie es la más adaptada a nuestro clima y por qué el almez (o almárcigo, o almácigo, como también se le conoce en Toledo) debe ser la especie de sombra preponderante en las plantaciones que en el futuro se acometan. Al fotografiarlo en 1863, Lamy parecía ya intuir que aquel árbol era especial, probablemente por la tremenda escasez de árboles en aquella Toledo decimonónica y también por su ya densa y redondeada copa, que lleva sombreando el Valle más de siglo y medio. Si en el terreno de lo legendario Abul Walid es ese testigo que lleva casi mil años contemplando Toledo, el almez del Valle cobra un especial valor por llevar haciéndolo real y físicamente la friolera de al menos quince décadas. No puede haber, y de hecho no lo hay, un árbol más toledano.



Almez de la ermita del Valle en 1863, por E. Lamy. Colección Luis Alba

LA «GLORIOSA REVOLUCIÓN» DE 1868 O «SEPTEMBRINA».

En septiembre de 1868 tuvo lugar uno de los acontecimientos más importantes de todo el siglo XIX en España:

«La Gloriosa» o «Septembrina» fue una revolución militar con apoyos civiles que consiguió destronar a la reina Isabel II, forzándola al exilio, dando lugar al comienzo del famoso Sexenio Democrático, primer intento de establecer un sistema democrático en nuestro país, en primera instancia en forma de monarquía parlamentaria durante el reinado de Amadeo I de Saboya (1871-1873) y posteriormente en forma de república, la Primera República Española (1873-1874).

El convento de San Torcuato antes (abajo izquierda) y después de su demolición. En 1872 ya no se conservaba. Las tres fotografías son de Jean Laurent.

Esta revolución también dejó su marca en la vista general de Toledo desde el Valle, pues supuso la desaparición de la iglesia de San Torcuato, que era parte del antiguo convento del mismo nombre en el que, según algunos autores, el Greco podría haber sido enterrado. El edificio fue incautado por

los partidarios de la revolución y posteriormente fue incendiado y destruido, reduciendo el solar a escombros salvo la portada, que aún se conserva. La panorámica de Jean Laurent en 1872 ya luce sin la iglesia, mostrando el enorme hueco que dejó en ese barrio, y dejando constancia para la posteridad de los efectos de esta revolución en la panorámica de la ciudad.

ESPAÑA NECESITA SOLDADOS: EL CRECIMIENTO DE LA ACADEMIA MILITAR EN EL ALCÁZAR

El Alcázar ya estaba prácticamente restaurado en 1870. Aún se mantenía en pie el Hospital de Santiago. Fotografía de Jean Laurent (Fototeca del IPCE).

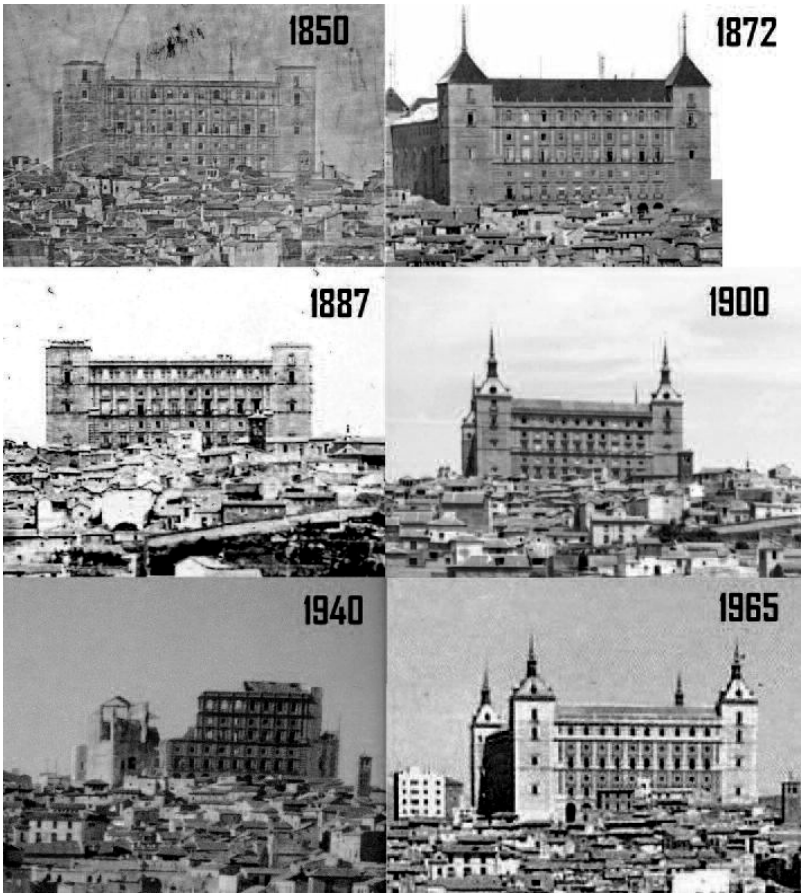
La segunda mitad del siglo XIX fue muy intensa para España, militarmente hablando. Muchos frentes abiertos tanto en el territorio peninsular como en las posesiones coloniales en África y América hicieron necesaria la formación de

un gran número de soldados. La instalación del Colegio de Infantería hacia 1850 fue el comienzo de una estrecha relación entre la ciudad de Toledo y el estamento militar que aún perdura. Aquel crecimiento en la demanda de soldados hizo necesaria la búsqueda de un nuevo emplazamiento, siendo el ruinoso Alcázar el elegido para ello. Así, tras unas largas obras, la Academia se traslada al antiguo palacio imperial en 1875. El edificio recobraba por fin su grandiosidad tras casi sesenta años en ruina tras la ocupación francesa, y con ello la panorámica de Toledo desde el Valle volvía a ofrecer un aspecto menos decadente dadas las dimensiones del edificio y su preponderancia en la silueta de la ciudad.

No solo el Alcázar fue destinado a usos castrenses, sino que los edificios de alrededor también se añadieron a una especie de gran complejo militar: así, en 1884 se demolió el antiguo hospital de Santiago para construir en su solar varias dependencias, entre las que destacaba un gran picadero que fue finalizado en 1887. También se amplió a la zona del antiguo convento de Capuchinos.

El destino fue sin embargo cruel con el esfuerzo que España hizo en recuperar el Alcázar, pues solo doce años después sufrió de nuevo otro devastador incendio en enero de 1887 que volvió a desmocharlo, dejándolo prácticamente igual que en 1810. Todas estas vicisitudes se fueron plasmando en la visión de Toledo desde el Valle.

El estamento militar, no obstante, se rehízo en Toledo y tras la vuelta de la Academia a la ciudad en 1893 (durante unos años perdió esa denominación en Toledo, al ser absorbida por la Academia General de Madrid) se aceleró la reconstrucción del Alcázar, que volvió a lucir flamante hacia 1900, en esta ocasión con los torreones más afilados que en la anterior reforma. Los posteriores cambios en la imagen del Alcázar los abordaré algo más tarde.



Evolución del estado del baluarte durante los últimos 160 años.

14 DE ABRIL DE 1890: LA ELECTRICIDAD LLEGA A TOLEDO

Uno de los mayores logros en la historia del progreso de la humanidad, la electricidad, llegó a Toledo el 14 de abril de 1890, cuando fue inaugurado el primer alumbrado eléctrico

de la ciudad tras varios años de titubeantes negociaciones para llevarlo a cabo. Desde ese día, aprovechando la fuerza de las aguas del Tajo, fueron desarrollándose y construyéndose diferentes centrales eléctricas y fábricas de electricidad. Algunas de ellas contaban incluso con altas chimeneas, que durante un tiempo cambiaron la visión panorámica de Toledo.

A la izquierda, fábrica de electricidad con chimenea industrial en la zona de la Incurnia, hacia 1900 (Foto M. Moreno). A su derecha, transformador neomudéjar junto a la iglesia de San Lucas (imagen de mediados del siglo XX).

La electricidad marcó un punto de inflexión no solo en el bienestar de los toledanos, sino que trajo consigo, con el paso de los años, otros beneficiosos cambios para el medio ambiente, especialmente la disminución de la presión sobre el uso de la madera para ciertas necesidades que la electricidad

ahora podía proveer. Con los años, algunos transformadores camuflados como torretas neomudéjares jalonaron la ciudad, incorporándose a la panorámica de Toledo desde el Valle. Desde esta época de finales del XIX y comienzos del XX, rodaderos y orillas aparecen en multitud de imágenes salpicados de postes eléctricos de muy diferente tipología, que distribuían la energía desde las centrales del río hasta los diferentes barrios de la ciudad.

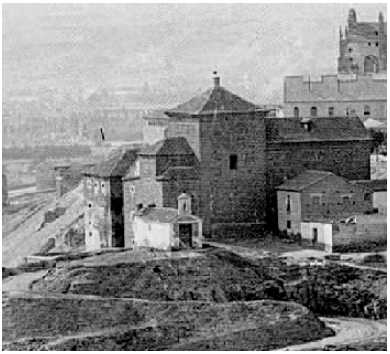
Detalle de una fotografía de Laurent en la que puede apreciarse aún la segunda torre de la Catedral y el cimborrio cuadrado sobre su nave central.

Sobre estas líneas, imagen de la torre mudéjar de la iglesia de Santa Justa, demolida en 1890. Aparece aún en dos imágenes de Laurent, tomadas hacia 1870 y en 1872 (ver flecha). Fototeca del IPCE. En la panorámica inferior, de Hauser y Menet (1894) ya no está la torre del Reloj de la Catedral. Además, el Alcázar vuelve a estar desmochado tras el nuevo incendio de 1887.

FINALES DEL XIX Y COMIENZOS DEL XX: DESPRECIO POR EL PATRIMONIO.

Pero ese incipiente progreso no estaba siempre acompañado de buenas noticias, pues en buena medida el patrimonio histórico empezó a dejarse de lado y a considerarse un estorbo para la vida moderna o un gasto innecesario por la difícil situación económica del país. Los años finales del siglo XIX y los primeros del XX dejaron su huella en la panorámica de Toledo en forma de elementos patrimoniales que

desaparecieron: la torre del Reloj de la Catedral en 1888, la torre de Santa Justa en 1890, la ermita del Calvario hacia 1900, el cimborrio de la Catedral hacia 1910 o la torre del Hierro hacia 1915 son buenas muestras de ello. Este goteo de edificios, o partes de edificios, desaparecidos de la visión general de Toledo desde el Valle, supone una de las etapas en que más se modificó el aspecto de la ciudad. A este hecho hay que añadir la desgracia del anteriormente mencionado incendio de 1887, que volvió a destruir el Alcázar, dejándolo de nuevo desmochado.



Detalles de la ermita del Calvario, fotografiada por Lacoste poco antes de su derribo (hacia 1900), y de la Torre del Hierro, cuando aún estaba habitada (1883).

En este periodo, a caballo entre el siglo XIX y el XX, también tiene lugar la ampliación del edificio que probablemente es el menos integrado históricamente en la perspectiva de Toledo desde el Valle: el Seminario. Este enorme inmueble estuvo en estado ruinoso desde que en 1836 se paralizaran sus obras a la muerte del Cardenal Inguanzo. Medio siglo después, en 1886, se retoman los trabajos por orden del cardenal Payá y Rico, respetando la volumetría del proyecto original, finalizando las obras en 1889. Sin embar-

go, en 1907, en tiempos del cardenal Sancha, se añaden dos nuevos pabellones al este del edificio primitivo, con lo que la fachada que mira al Valle casi dobló su longitud, generando una presencia volumétrica un tanto desproporcionada que aún hoy despierta bastante oposición.

Edificio del Seminario en 1872, aún en ruinas tras el abandono de las obras en 1836. El recrecido se aprecia bien en las imágenes de Ponting y Petit (abajo).

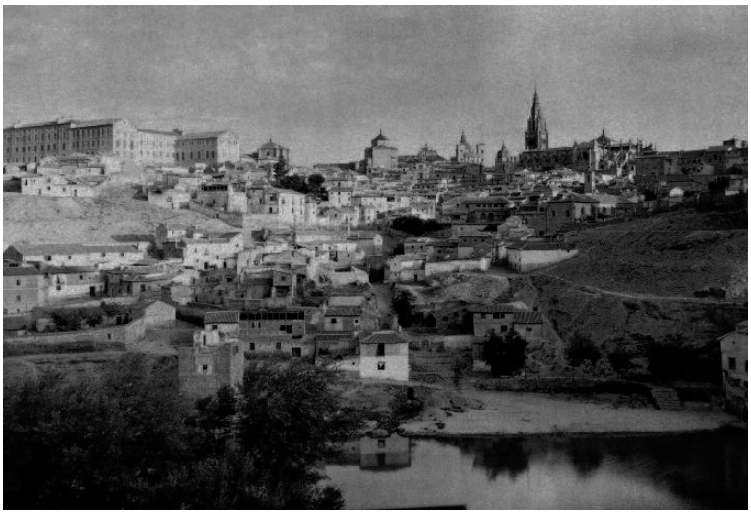
EL DESPERTAR DEL PARQUE AUTOMOVILÍSTICO EN ESPAÑA: PRIMEROS COCHES EN TOLEDO.

El desarrollo de los famosos motores de gasolina de Nikolaus Otto y Gottieb Daimler en 1876 y 1885, respectivamente, y el consiguiente uso masivo del petróleo, otro de los grandes hitos en el desarrollo de la humanidad, trajo consigo la aparición de los primeros coches. La histórica tracción animal iba a ver poco a poco cómo esos artilugios iban desplazándola de la vida cotidiana en un lento pero imparable proceso de sustitución. Los primeros coches se vieron en Toledo en los primeros años del siglo XX. El 30 de octubre de 1906 se matriculó el primer vehículo de la provincia, un ómnibus marca Brillie propiedad de Luis de Hoyos y Sanz. Pronto empezaron a verse coches recorrer la ciudad de Toledo desde la atalaya del Valle.

Comida junto a un coche en la zona del Valle a comienzos del XX. Col. Luis Alba.

1903: APARICIÓN DE LA FOTOGRAFÍA EN COLOR.

En 1903, los célebres hermanos Lumiére patentaron la placa autocroma, primer sistema de obtención de fotografías a color real. Cuatro años más tarde, en 1907, la comercializaron, dando lugar al comienzo de las fotografías a color a lo largo del mundo. Esta tecnología se basaba en una placa con un mosaico de microscópicos granos de almidón, generalmente fécula de patata, sobre la base de una película en blanco y negro. Los granos de almidón eran teñidos de los tres colores primarios y tras el procesado de la placa surgían los colores complementarios. La humanidad podía ya contemplar el resto del mundo tal como era, con sus colores verdaderos, y ello supuso una auténtica revolución en los círculos fotográficos. La ciudad de Toledo fue una de las primeras de toda Europa en tener una panorámica a color, obtenida hacia 1910 por el francés Jules Gervais-Courtellemont.



Toledo a color hacia 1910, por Jules Gervais-Courtellemont (Corbis).

Toledo desde un avión en 1915. Centro Fotográfico del Ejército del Aire,

1915: PRIMERAS FOTOGRAFÍAS AÉREAS DESDE UN AVIÓN DE TODA ESPAÑA.

Si la perspectiva de Toledo desde el Valle, a ras de suelo, ha ido modificándose con el devenir de los acontecimientos, pienso que es obligado incluir en este repaso las fotografías tomadas desde ese mismo punto y sus alrededores desde el aire. En un imaginario viaje con nuestro acompañante Abul Walid desde su casi milenario refugio del Valle, vamos a ascender algunos metros para poder ver la misma vista desde las alturas en tiempos ya muy remotos. Al fin y al cabo, ¿no es la vista desde el Valle nuestro humilde y co-

tidiano intento de poder contemplar Toledo desde el punto más alto que nuestras piernas nos permiten? Creo que merece la pena y está plenamente justificada esta ascensión fotográfica. No en vano, Toledo tiene el honor de haber sido la primera ciudad de España en ser fotografiada desde un avión en la tempranísima fecha de 1915. Fue el capitán Juan Vallespín Zayas quien, procedente del aeródromo de Cuatro Vientos y acompañado de un fotógrafo, sobrevoló Toledo para lograr estas joyas fotográficas increíblemente bien conservadas. El vuelo no estuvo exento de complicaciones, pues hubieron de realizar un aterrizaje forzoso que se vio completado con el ataque del pastor que cuidaba sus ovejas en el paraje donde aterrizaron, el cual acometió contra ellos al grito de «¡Estos señoritos de Madrid, que me matan las ovejas!», rompiendo a garrotazos dos costillas al pobre piloto. Milagrosamente, las placas donde se habían plasmado las fotografías resultaron ilesas. Dos años después, el capitán corrió peor suerte y falleció en un accidente con un avión Lohner, probablemente el mismo modelo con el que sobrevoló Toledo.

Página anterior: Toledo desde el aire en 1928. Foto de José Ortiz Echagüe.

Algo después, en los años veinte, otros genios de la fotografía como Luis Ramón Marín y José Ortiz Echagüe volvieron a inmortalizar a Toledo desde un avión. No en vano, Echagüe había sido el fundador de la empresa Construcciones Aeronáuticas S.A. (CASA) en 1923. Él también eligió sobrevolar el Valle para obtener una espléndida fotografía aérea de la ciudad hacia 1928.

SENSIBILIDAD AMBIENTAL Y PRIMERAS ADAPTACIONES AL TRÁFICO: EL CAMINO DE RONDA.

Según avanzaba el nuevo siglo, en la década de los años veinte tuvo lugar la que podría considerarse la primera obra urbana en el centro de Toledo encaminada a favorecer el tráfico rodado y con planteamientos mínimamente ambientalistas, plasmados en la plantación de árboles en la mayor parte del recorrido. Me estoy refiriendo al denominado «camino de ronda», una primitiva e incompleta circunvalación por el sur del centro histórico que comunicase la zona de Doce Cantos con el entorno del convento de Gilitos en la calle Descalzos y con el Tránsito. Fue ejecutado en 1924, siendo financiado por el Marqués de la Vega Inclán (personaje tan vinculado al comienzo del turismo moderno en Toledo y a la renovación del interés internacional por el Greco) durante la alcaldía de Gregorio Ledesma, y al frente de la comisión ejecutiva de la obra estuvieron los académicos Adolfo Aragonés y el deán José Polo. Pese a la humildad de los recursos técnicos y económicos con que contaba el ayuntamiento, la obra dejó en algunos puntos ciertos cambios apreciables desde el Valle. En especial, en la zona próxima a donde antiguamente se levantaba el matadero municipal, cerca del paseo de Cabestreros y no

lejos de la iglesia de San Lucas, se generaron grandes rodaderos con materiales de desecho y derribo durante la ejecución de esta obra. De este modo, el basamento rocoso del peñasco toledano, históricamente tapado por sucesivas capas de escombros, quedó en este punto más oculto aún bajo arena, cascotes y materiales de derribo, siendo ello muy apreciable en los meses en que la obra se desarrollaba y en los años sucesivos. Se trata sin duda de una de las modificaciones más claras en este flanco de la ciudad, que ya nunca recuperó para nuestros ojos la presencia de las últimas grandes rocas batolíticas propias de la comarca de la Meseta cristalina en la que Toledo se encuentra, pero que han de seguir ahí y tal vez no sea mala idea que alguna vez alguien plantee en serio la recuperación de ese basamento rocoso que mi padre ya propuso en los años setenta y ochenta, sin éxito. Con ello afloraría buena parte del valioso patrimonio geológico que también hace de Toledo una ciudad especial.

Rodadero generado en 1924 debido a las obras del rodadero. Wunderlich.

Con todo, aquella obra de 1924 fue positiva en su balance global, pues supuso un salto en la agilidad de las comunicaciones de Toledo al permitir rodear, casi por completo, la ciudad en su zona sur, generando un anillo que solo en la zona de San Lucas y el cigarral de Doctrinos no fue posible ejecutar por el borde exterior. Del mismo modo, las plantaciones de árboles en dicho camino de ronda fueron tal vez el primer guiño ambiental en una gran obra ejecutada dentro de las murallas, si bien la mayoría de esas plantaciones tuvieron una corta vida, probablemente debido a un deficiente mantenimiento y a la pobreza del suelo donde se plantaron, más propio de una escombrera que de una zona verde.

UNA NUEVA MANERA DE LLEGAR AL VALLE: LA CONSTRUCCIÓN DEL LA CARRETERA DEL VALLE Y EL PUENTE DE LA DEGOLLADA

Hasta los años treinta no era tan sencillo llegar al Valle. Había que cruzar el río con la barca de pasaje o rodear los cigarrales desde el puente de San Martín, pues en la zona este no había conexión, dado lo agreste de los cortados de la zona de la Degollada y el cerro de San Blas. Ello quedó resuelto en los años treinta con la construcción de la carretera del Valle, que requirió volar con dinamita bastantes rocas del torno del Tajo y ejecutar el puente sobre el arroyo de la Degollada. Nacía así una de las actuales señas de identidad de Toledo: la vuelta al Valle, paseo que hoy recorren miles de personas con la mejor de las vistas y que hasta esa fecha no era posible. La panorámica desde el Valle cambió un poco con la presencia de la nueva carretera, pero, a cambio, el número de fo-

tografías tomadas desde este punto creció exponencialmente, dado que la accesibilidad al paraje mejoró sobremanera.

El proceso de construcción de la carretera del Valle, hacia 1935. Foto Rodríguez.

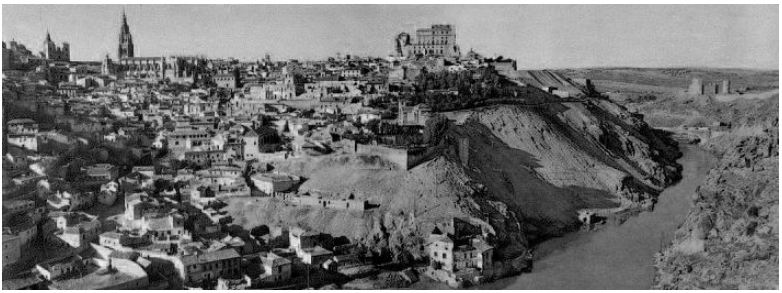
LOS GRANDES EXPOLIADORES DEL PATRIMONIO ESPAÑOL: WILLIAM R. HEARST Y ARTHUR BYNE.

Las primeras décadas del siglo XX fueron las de mayor intensidad en lo relativo a pérdidas patrimoniales en España derivadas de ventas más o menos legales, trapicheos, expolios y saqueos planificados. Desde pequeñas piezas de arte hasta edificios enteros trasladados piedra a piedra fuera de España, la cantidad de bienes artísticos que salieron de nuestro país fue realmente descorazonadora, y ello habla del desinterés de aquella España por retener aquel legado, pero también de la ausencia de escrúpulos de personas concretas que se enriquecieron, bien participando activamente en aquellas operaciones haciendo de vendedores o intermediarios, bien favoreciendo y

propiciando con sus interesados silencios y omisiones la consumación de aquellas operaciones. Detrás de estos expolios solían estar adinerados magnates atraídos por nuestra historia (ellos sí valoraban aquellos bienes y se esforzaban por conseguirlos) que precisaban en España de contactos y personas de confianza que hicieran de intermediarios, concretando los saqueos a base de sobornos o directamente aprovechándose de la incultura o avaricia de muchos españoles tanto del mundo rural como en las ciudades. El caso más paradigmático fue el de William Randolph Hearst, uno de los personajes más influyentes de Estados Unidos debido a su imperio mediático, que inspiró a Orson Welles su *Ciudadano Kane*. Hearst acaparó centenares de obras de arte y piezas arquitectónicas españolas mediante su contacto, el considerado en aquella España como un prestigioso hispanista, Arthur Byne.

William Randolph Hearst y Arthur Byne en 1934. Foto: Hearst Castle.

En Toledo saquearon bastantes artesonados mudéjares y otras valiosas piezas, y aunque la visión de la ciudad desde el Valle no fue directamente modificada por estas acciones, sí que posaron con la ciudad al fondo casi como un cazador posa junto a sus trofeos después de su lujoso safari. La imagen fue tomada en 1934 y en ella aparecen, precisamente en la carretera del Valle, recién construida, tanto el magnate William Randolph Hearst como su cómplice Arthur Byne, tras décadas ejerciendo sus expolios bajo muy diferentes gobiernos, desde la dictadura de Primo de Rivera hasta los de la Segunda República.



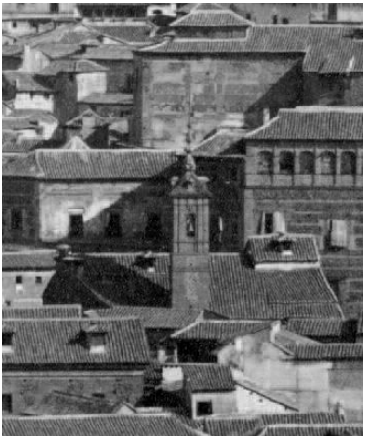
Panorámica de la ciudad de Toledo en los años cuarenta.

1936: LOS ESTRAGOS DE LA GUERRA CIVIL EN LA VISTA DE TOLEDO DESDE EL VALLE.

De todos los episodios históricos que han acontecido desde el comienzo de la era fotográfica, ninguno ha desfigurado tanto el aspecto de Toledo como la maldita guerra fratricida que asoló España entre 1936 y 1939. El intensísimo bombardeo que sufrió el Alcázar durante el asedio del verano de 1936, sumado al efecto de las minas que estallaron en el mismo, hizo que toda la parte este de la ciudad quedase

con graves mutilaciones que durante décadas fueron perfectamente observables desde los cerros del Valle. El Alcázar destruido forma parte desgraciadamente de la vista panorámica de Toledo durante casi treinta años, entre 1936 y el final de su restauración hacia 1965.

Pero la Guerra Civil dejó otras secuelas en la visión que el bueno de Abul Walid tiene desde su eterno lugar de descanso. De este modo, la histórica visión del convento de San Juan de la Penitencia pasó a mejor vida a causa del intencionado incendio que acabó con él en julio de 1936, nada más comenzar la guerra, como consecuencia de la ira ideológica. Para muchos, este era el convento más rico y valioso de cuantos había en Toledo.



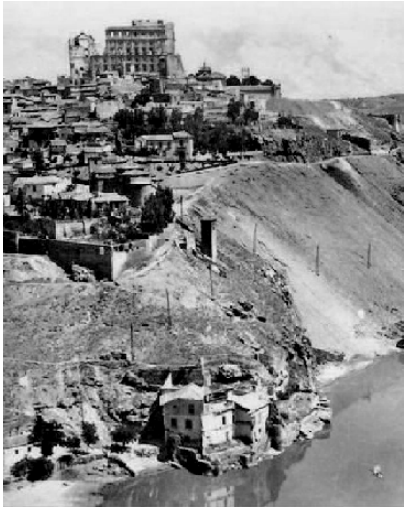
Comparativas, antes y después de la Guerra, de la torre de San Lorenzo y el convento de San Juan de la Penitencia, ya ruinosos en la imagen derecha.

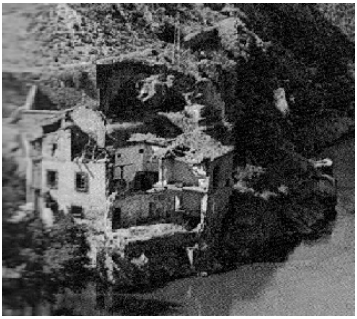
Tampoco volvió a ser nunca igual la vista de la iglesia de San Lorenzo, que en su emplazamiento en el entramado de tejados de la ladera sur de la ciudad figura desde 1936 con su

torre desmochada, ya resignada a ser el único edificio religioso destruido durante la guerra que nunca fue restaurado ni rehabilitado.

LA GRAN CRECIDA DE 1947 Y SUS ESTRAGOS EN LA CASA DEL DIAMANTISTA.

En febrero de 1947 tuvo lugar una de las mayores crecidas del Tajo en los últimos ciento cincuenta años. Dejó estampas alucinantes de la Vega Alta convertida en un mar y también de los puentes de Alcántara (el viejo y el nuevo) con el agua casi ocultando sus ojos. La histórica Casa del Diamantista sufrió gravísimos daños por efecto de la fuerza del agua, y como consecuencia de ello, la Confederación Hidrográfica del Tajo decidió expropiar la vivienda a su propietario, Antonio Aguilar Gómez, en la cual vivía con su familia. Fue entonces cuando comenzó el grave deterioro del edificio, que pasó a ofrecer una lamentable imagen desde el Valle.



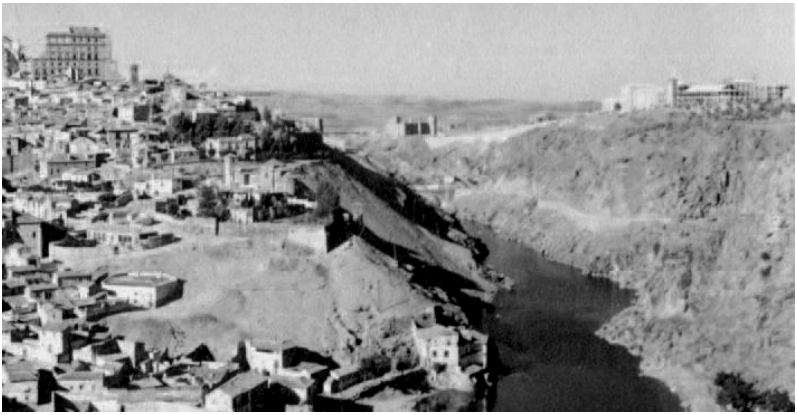


El acelerado proceso de deterioro de la Casa del Diamantista (a la izquierda, en los años cincuenta; a la derecha, en los sesenta) de no haberse tomado cartas.

Este paulatino declive de la Casa del Diamantista solo finalizó cuando en los años setenta se acometió su restauración bajo las premisas del proyecto del arquitecto Fernando Chueca Goitia.

UN NUEVO ELEMENTO EN VECINDAD CON LA CIUDAD: LA NUEVA ACADEMIA DE INFANTERÍA.

Tras la Guerra Civil, el nuevo régimen acometió una de las obras más ambiciosas de aquellos años: la construcción de la nueva Academia de Infantería, en la que buena parte de la mano de obra provenía de presos de las colonias penitenciarias. El inmenso edificio comenzó su actividad en el curso 1948-1949. El cerro de San Blas quedó absolutamente transformado, suprimiéndose el barrio que allí se había creado en los años veinte y treinta, y la vista desde el Valle contó desde entonces con una nueva presencia al lado de la antigua ciudad, en el otro lado del torno del Tajo.



Academia de Infantería, a la derecha, durante su proceso de construcción, en los años cuarenta y cincuenta.

EL FINAL DE LA POSGUERRA Y LOS PRIMEROS SIGNOS DE APERTURA.

Poco a poco, la situación del país fue mejorando en lo económico y los primeros signos de apertura de España al exterior comenzaron a ser observables desde nuestra atalaya del Valle. Así, en aquellos años empezaron a verse rodajes de superproducciones de Hollywood, como por ejemplo *La vuelta al mundo en 80 días*, con el globo La Coquette sobrevolando la ciudad en 1955.

El globo aerostático «La Coquette» en *La vuelta al mundo en ochenta días* (Michael Anderson, 1956). En esta página, la actriz Grace Kelly en 1964 (EFE).

Muchas personalidades del mundo, en todos los ámbitos, tanto políticos como culturales, empezaron a venir a España en general y a Toledo en particular, y fue muy habitual que la panorámica desde el Valle fuese el telón de fondo de sus

posados, como por ejemplo durante la visita de Rainiero de Mónaco y Grace Kelly (Gracia de Mónaco), quien posó en el año 1964 con Toledo detrás.

Autobuses con turistas en el Valle en los años cincuenta.

UNA DE LAS CONSECUENCIAS DE LA APERTURA AL MUNDO: EL AUGE DEL TURISMO.

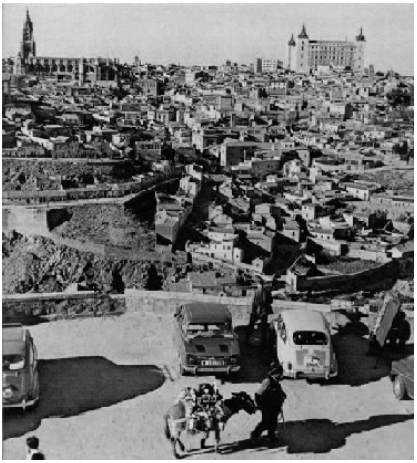
Aquellos aires de incipiente apertura y mejoras económicas tuvieron como una de sus más positivas consecuencias para la marcha del país el despertar de España como

gran potencia turística internacional. La belleza e historia de Toledo, así como su cercanía a Madrid, sirvieron para que la ciudad comenzase a tener en el turismo uno de sus principales motores, plasmándose este hecho en numerosos ejemplos fotográficos captados desde la panorámica de la ciudad desde el Valle. El paraje comenzó a poblarse no solo de turistas, sino también de vendedores de regalos turísticos (en aquella época básicamente cerámica) acompañados de su burro, pudiendo verse también los primeros autobuses repletos de turistas en nuestro célebre mirador.

La reina de la Exposición Internacional de 1963, Gloria Myles (Jaime Pato, EFE).

Se podría decir que la finalización de las obras de restauración del Alcázar es un buen ejemplo de cómo el propio régimen entendió que ya era más rentable la recuperación de la imagen histórica de Toledo que el recuerdo del baluarte

en ruinas, aprovechado desde el final de la guerra como uno de los referentes ideológicos del franquismo por su simbolismo. De este modo, las obras de reconstrucción que apenas se habían iniciado a mediados de los años cincuenta sufrieron una aceleración exponencial hacia 1960, siendo rematada la obra aproximadamente en 1965, con lo que Toledo recuperaba una imagen ante el mundo de ciudad atractiva, cuidada, bien conservada y abierta al turismo. La construcción del Parador Nacional de Turismo en 1968, muy cerca de la piedra de eterno descanso de Abul Walid, supuso la consolidación de esta apuesta de las autoridades por el relanzamiento turístico de Toledo.



A la izquierda, Toledo en 1967 (José Sánchez Martínez, Fototeca de *ABC*). Un año después fue construido el Parador y se produjo la visita de Manuel Fraga.

1967: COMIENZAN LOS PROBLEMAS PARA EL TAJO

Pero el progreso no siempre tiene efectos positivos en todas las facetas, especialmente cuando los cambios son rá-

pidos y poco planificados. El mejor ejemplo de ello es la degradación que ha sufrido el río Tajo desde aquel despertar económico de España en los años sesenta. Los primeros episodios de espumas en el Tajo están documentados en 1967, debido a la industrialización de Madrid. En solo cinco años el empeoramiento de la calidad de las aguas del Tajo en Toledo fue tal que en junio de 1972 quedó oficialmente prohibido el baño. Cobran por ello especial valor las últimas fotografías de Toledo desde el Valle en las que se puede ver a la población disfrutando de un baño en el río y de los chiringuitos, aquí conocidos como «gangos», de las orillas.

El río Tajo cubierto de espumas en los años ochenta, una década después de decretada la prohibición de bañarse en él. Luciano Ruiz de los Paños.

A la ya problemática situación del Tajo en Toledo debida a la contaminación procedente de Madrid se añadió en 1979 el golpe mortal que supuso la puesta en marcha del Trasvase Tajo-Segura. Desde entonces, a la mala calidad de las aguas que el Jarama vierte al Tajo se añade el hecho del escasísimo caudal que el río trae debido a las enormes derivaciones de agua al Levante español. A día de hoy técnicamente ya no pasa el Tajo por Toledo, sino que lo hace el gran colector de residuos en que Madrid ha convertido al Jarama, pues esta agua residual es como media entre tres y cuatro veces superior a la aportada por el Tajo aguas arriba de la unión entre el Jarama y el antiguamente río principal. Los años ochenta fueron testigo de la vergüenza nacional en que se convirtió el Tajo, casi permanentemente cubierto de espumas, que desfiguraban la visión de Toledo desde el Valle.

LOS AFORTUNADAMENTE ESCASOS EFECTOS DEL DESARROLLISMO URBANÍSTICO DE LOS AÑOS SESENTA Y SETENTA.

Muchas ciudades de España quedaron del todo desfiguradas por el desarrollismo urbanístico de los años sesenta y setenta, que conllevó la transformación de muchas zonas históricas del centro de las ciudades en sucesiones de altos edificios de ladrillo de gran altura y de dudoso gusto. Ejemplos cercanos de ciudades irreconocibles entre el estado anterior y el generado por este proceso son Talavera de la Reina o Ciudad Real, que sin saberlo estaban hipotecando un futuro aprovechamiento turístico del que, en mayor o menor medida, hoy podrían disfrutar si hubieran contenido aquel afán constructor. Toledo se escapó bastante bien de este fenómeno, probablemente por dos razones: porque el desarrollo urbanístico en aquellos años se centraba en las nuevas

barriadas fuera de las murallas, y porque ya existía un cierto consenso social y político con respecto a la conveniencia de preservar una imagen de Toledo acorde con su historia y monumentalidad. Solo algunos edificios del entorno del Alcázar podrían ser considerados como claramente perturbadores de la visión de la ciudad desde el Valle dentro del grupo de los edificados en aquel periodo.

Exageradas construcciones modernas en altura junto al Alcázar (hacia 1970).

LA CONSTRUCCIÓN DE LA RONDA CORNISA ENTRE 1975 Y 1983

Durante los años setenta y ochenta, tras varias décadas en España de crecimiento exponencial del parque automovilístico, la presión del tráfico en la ciudad de Toledo era tan grande que casi asfixiaba a una ciudad no concebida para el

tráfico rodado, carente de entradas y salidas suficientemente dimensionadas para absorber el flujo que los nuevos tiempos marcaban. En el centro histórico había zonas de complicado acceso que congestionaban las vías más céntricas, sumamente estrechas. ¿Cómo solventar aquello sin desvirtuar la ciudad histórica? No era tarea fácil. Finalmente, entre 1975 y 1983 se terminó la Ronda Cornisa, que logró conectar, no sin polémica previa, el sur del peñasco con las salidas de la ciudad, especialmente con Doce Cantos. Para ello fue necesario trazar una nueva vía perimetral cuyo recorrido más complejo se centraba en el entorno de San Lucas, para conectarlo con las carreras de San Sebastián. Para realizar este tramo hacia 1975 se expropió parte del jardín del cigarral de Doctrinos, construyéndose la vía con muros de sujeción acabados en piedra que lograron integrar la obra.

Toledo hacia el año 1965, aún sin la Ronda Cornisa construida.

El cigarral de Doctrinos y San Lucas antes y después de la obra de la Cornisa.

Toledo en 1976, una vez ejecutada la obra de la Cornisa a su paso por San Lucas.

Hoy día es difícil concebir la ciudad sin esta obra, que facilita sobremanera la entrada y salida al centro y que revitalizó un barrio por entonces muy degradado y olvidado, especialmente en ciertas zonas como eran la plaza de la Retama y la Casa del Diamantista, o las propias Carreras de San Sebastián. La obra coincidió con la recuperación de la Torre del Hierro y la Casa del Diamantista, ambas actuaciones dirigidas por el arquitecto Fernando Chueca Goitia.

El último tramo en ejecutarse fue el de las Carreras de San Sebastián, hacia 1983, en el que se suprimieron las casas edificadas en los años treinta en la zona del trazado si-

tuada bajo el seminario, y se ensanchó y pavimentó el tramo entre las Carreras de San Sebastián y el convento de Gilitos, que hasta entonces era una vía terriza y estrecha.

Cambios todos ellos importantes para la comunicación interna de la ciudad, pero cuyo impacto visual desde la perspectiva del Valle no fue perjudicial ni desfigurador, especialmente por la previsión de plantar árboles en las aceras de esta nueva vía en las carreras de San Sebastián, que con los años crecieron y reverdecieron la imagen de Toledo, históricamente inhóspita y árida.

LLEGADA DE LA DEMOCRACIA Y EL ESTADO DE LAS AUTONOMÍAS.

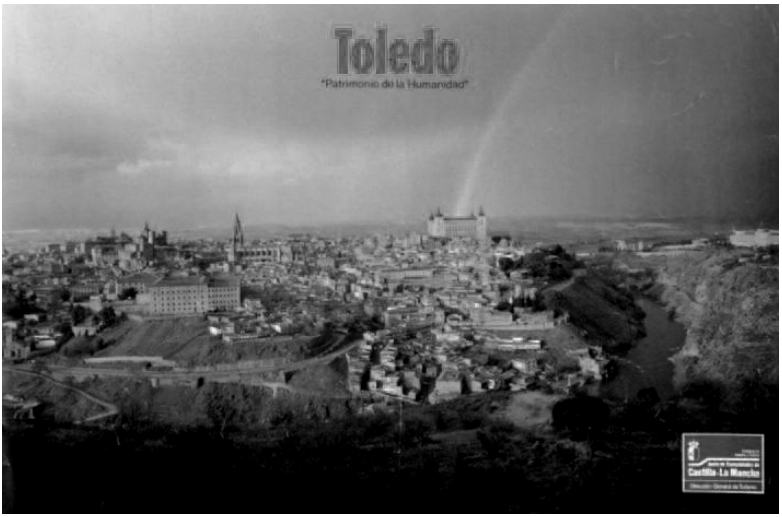
Mientras se finalizaban las sucesivas fases de la Ronda Cornisa, la democracia había llegado a España y también a Toledo, elegida en el nuevo marco estatal como capital de la recién creada comunidad autónoma denominada Castilla-La Mancha. En la ciudad ello se plasmó poco a poco en la rehabilitación de bastantes edificios para albergar los nuevos estamentos autonómicos. En lo que se refiere a su repercusión sobre la panorámica desde el Valle podríamos destacar la adaptación del convento de San Gil para su uso como Cortes de Castilla-La Mancha, completando la renovación de esta zona de la ciudad ya avanzada por las obras de circunvalación anteriormente citadas.

1986: DECLARACIÓN DE LA CIUDAD COMO PATRIMONIO DE LA HUMANIDAD.

La entrada de Toledo en el selecto grupo de ciudades declaradas por UNESCO como Patrimonio de la Humanidad en noviembre de 1986 supuso el definitivo reconocimiento

internacional a la importancia de Toledo como ciudad monumental con una excepcional riqueza patrimonial.

Desde entonces, la concienciación de administraciones y ciudadanía con respecto a la importancia de la preservación del patrimonio ha ido creciendo, y en este periodo han sido numerosos los edificios que han recibido inversiones para su mantenimiento y mejora. Algunas de estas obras dejaron su efímero rastro en la perspectiva desde el Valle en forma de fotografías con andamios y grúas, como por ejemplo la restauración de la torre de la catedral o la adecuación del Alcázar para uso como biblioteca y museo.



Póster de Toledo en 1986, tras la Declaración Patrimonio de la Humanidad

Más adelante, en los noventa se acomete la ejecución de la senda ecológica y la reordenación de las riberas del Tajo, que ciertamente mejoró mucho el estado de esta zona históricamente abandonada. Se forestó la orilla y a día de hoy el

aspecto de la panorámica de Toledo desde el Valle es notablemente más verde, especialmente por estas plantaciones. Se incorporaron también algunos elementos que llevaban siglos ocultos en la perspectiva de Toledo desde el Valle, como por ejemplo los baños árabes de Tenerías, visibles hoy a mitad de la ladera bajo las Carreras de San Sebastián. Hacia el año 2000 se añadió también la nueva senda de Cabestreros, que aprovechando un antiguo sendero de pastores que parte de la plaza del Andaque, aproximadamente, llega al puente nuevo de Alcántara circunvalando el peñasco toledano a media ladera y permitiendo un recorrido peatonal circular más que interesante que ya une varios kilómetros junto al Tajo desde Río Chico hasta esta zona.

REFLEXIÓN FINAL.

En nuestros días, podemos decir que la visión de Toledo desde el Valle atraviesa un buen momento. Pocas veces en la historia de la fotografía la ciudad ha contado con una panorámica general en la que escaseen los edificios ruinosos y además el verdor de la ciudad fuese semejante. Únicamente el patético y lamentable estado del río Tajo supone un contrapunto tremendamente negativo al constituir una cloaca perimetral de la ciudad con sus aguas ponzoñosas y escasas, cuando no cubiertas de espuma.

El repaso a la evolución de esta panorámica nos muestra una ciudad en permanente cambio, mucho más viva y dinámica en lo relativo a su aspecto de lo que pudiera parecer, pero que sin embargo ha permanecido siempre reconocible, y tal vez esa sea la mejor noticia. Porque no es sencillo evolucionar y ser reconocible a la vez, pues para ello es necesario tener claras las señas de identidad. Toledo es reconocible y lo ha sido siempre porque su conjunto ha sido en todo

momento capaz de sobreponerse a cambios parciales, a veces fruto de traumas como las guerras, y en otras ocasiones como consecuencia de los requerimientos y gustos de los nuevos tiempos. Esos cambios han demostrado que se trata de una ciudad dinámica y siempre atada a su momento presente, como corresponde a un ente vivo. Pretender una congelación del aspecto de Toledo en cualquiera de sus épocas sería asumir que la ciudad ha muerto, y además abriría el debate de qué estado merece más ser congelado a la vista de las fotografías. ¿El de la mortecina y ruinosa ciudad del XIX? ¿El de la ciudad que no era capaz de proteger su patrimonio a comienzos del siglo XX? ¿La ciudad semidestruida de la posguerra? No tendría sentido.

Es por ello evidente que el secreto es, y Toledo lo ha logrado, tener claro qué es necesario y qué es prescindible, qué es esencial y qué es accesorio. La ciudad ha logrado identificarse a sí misma y reconocerse en su propia personalidad para evolucionar con fidelidad a unas volumetrías, a unas gamas cromáticas y a unas referencias topográficas y paisajísiticas.

Es tarea de todos que así siga siendo en el futuro, y debemos estar siempre vigilantes y lúcidos para que seamos capaces de discernir qué cambios son necesarios y cuáles realmente sí supondrían una amenaza para la preservación de la personalidad propia que hace y ha hecho reconocible la ciudad en el espacio, y también en el tiempo, como un conjunto único e irrepetible.

He dicho.